

JAMES POTTER

Y EL
HILO CARMESES



5

G. NORMAN LIPPERT

JAMES POTTER
Y EL HILO CARMESÍ
G. NORMAN LIPPERT

CARIÑOSAMENTE BASADO EN LOS MUNDOS Y PERSONAJES DE J.K. ROWLING

© G. NORMAN LIPPERT, 2017



Capítulo 23

El Caos Desciende

Gertrudis no podía atravesar la tormenta. Aun cuando rompía las crecientes olas intentando avanzar, los brazos de la tempestad envolvían ambos lados, rodeando al sorteador de bloqueos en un abrazo asfixiante. El viento corría atravesando la cubierta en caprichosas ráfagas, aullando en el aparejo y azotando las velas enrolladas lo suficientemente fuerte como para sacudir el barco entero. En la cabina de mando, las ventanas vibraban en sus marcos. Las gotas de lluvia caían tan pesadas como para resonar contra el techo como monedas.

—Nos está retrasando—, observó Zane, elevando su voz sobre el vendaval. —¡La tormenta nos rodea, forzándonos a retroceder!

Scorpius se apoyó sobre la ventana y miró hacia arriba. —Son las velas y mástiles—, dijo. —Demasiada resistencia al viento.

James entendió. —Necesitamos aligerar nuestra carga y hacernos más aerodinámicos ¡Vamos! —avanzó hasta la puerta.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Rose, sus ojos muy abiertos. Y sin embargo James vio que ella ya sospechaba sus planes. Sacó su varita preparándose.

Él asintió, una mano en la puerta. —Necesitamos arrancar los mástiles, las velas, el aparejo, todo lo que nos retrase.

Abrió la puerta, que fue empujada por la repentina y sorprendente fuerza del viento. La lluvia se dispersó por dentro de la cabina, salpicando inmediatamente su cara y pelo. James entrecerró los ojos y salió hacia el vendaval. Rose lo siguió, con Scorpius y Zane justo detrás.

La lluvia torrencial era como piedrillas congeladas arrojadas sobre sus cabezas y hombros. Efectivamente, la cubierta estaba llena de montones de granizo. Rodaban con el creciente vaivén del barco, impulsados por las cada vez más fuertes ráfagas de viento.

—¡Hagrid probablemente nos matará! —gritó Rose sobre la tormenta mientras James elevaba su varita, apuntando al trinquete.

James esperaba que vivieran lo suficiente para averiguarlo. Miró su varita, cerrando un ojo, y gritó, —¡Convulsis!

El rayo impactó el mástil justo debajo de una intersección de poleas y redes. Con un estruendoso crujido y un destello púrpura, la base explotó, dispersando astillas en todas direcciones. El mástil se quebró, aún momentáneamente suspendido en la red del aparejo, pero en ese momento la fuerza de la tormenta lo atrapó, lo empujó, y el mástil se desplomó trabajosamente, arrastrando tramos de cuerda y desgarrando las redes. El barco se sacudió y el mástil cayó en las olas, donde fue alejado de la nave completamente.

Desde la parte trasera del barco, otro destello y crujido agrietaron el mástil de popa. Zane y Scorpius retrocedieron rápidamente, observando mientras el mástil crujió, chasqueó, y cayó hacia atrás, sobre las olas más allá de la popa.

De repente, nauseabundamente, el tiempo pareció retroceder sobre sí mismo en la mente de James. Mientras veía el mástil de popa quebrarse y desprenderse, Gertrudis se convirtió en el Gwyndemere. Escuchó el sorpresivo grito de Petra cuando la botavara la empujaba por la borda, sintió el peso de ella colgando de la parte trasera del barco sobre hambrientas y montañosas olas. El broche cayendo, y sus ojos suplicando por él. *"Déjame ir, James"*, dijo con terrible calma...

Fue abruptamente regresado al presente cuando Rose tiraba de su brazo. —Los botes salvavidas—, gritó, señalando. Había sólo dos, uno a cada lado del barco, yacían boca abajo y atados con lonas y correas.

Todos juntos, rompieron las correas con sus varitas y lanzaron los botes por los lados, llevándose parte de la baranda con ellos.

James se detuvo y miró hacia la parte trasera del barco, protegiendo sus ojos con una mano. Gertrudis ya no era una alta, y noble embarcación sino una aerodinámica, aunque irregular estructura con forma de proyectil, despojada de todo hasta llevarla a un perfil bajo que cortaba las olas notablemente más rápido, propulsada por su rueda de paletas impulsada mágicamente.

—Eso es lo mejor que podemos hacer—, gritó Zane, regresando de la popa, su pelo pegado a su frente por la lluvia. —Volamos todo lo que no estaba asegurado, ¡y era bastante!

—Vamos de nuevo adentro—, gritó James y señaló a la cabina de mando, la cual ahora era el punto más alto del barco.

La tormenta resonaba con truenos y chisporroteaba con relámpagos, iluminando kilómetros de olas como imágenes destellantes. Los cuatro estudiantes regresaron a la relativa calidez de la cabina de mando y James retomó el timón, agarrándolo mientras giraba libremente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rose, sacando su pelo mojado de su cara.

James lo consideró, y se encogió de hombros un poco desesperanzado. —Vemos si podemos superarla.

Increíblemente, eso ahora parecía posible. Liberada del exceso de peso y resistencia, Gertrudis avanzó como un torpedo. La tormenta todavía azotaba a ambos lados,

intentando cerrarse sobre el pequeño barco, pero sólo lograba seguirle el paso. Lentamente comenzó a quedar atrás.

En minutos, las olas se redujeron de abruptos picos montañosos que Gertrudis debía escalar a continuas crestas que el barco podía romper. Las ráfagas de viento disminuyeron gradualmente, remplazadas por corrientes más cálidas. Los truenos aún retumbaban, sonando como una bestia rabiosa engañada por su presa, pero desde gran distancia.

Y luego, tan de repente que James jadeó y sacudió una mano en el aire, buscando la barra detrás de él para estabilizarse, Gertrudis se inclinó hacia abajo como una ballena. Su proa se sumergió en el océano, enterrándose en las olas, y el resto del barco la siguió. El agua se precipitó por la disminuida estructura del barco, sobrepasó las ventanas, y engulló a Gertrudis con un profundo, y burbujeante rugido. La oscuridad llenó la cabina de mando mientras la proa descendía hacia la turbulenta presión de la naturaleza, y luego hacia una rápida y total oscuridad. El farol ya no estaba, por supuesto, habiendo sido volado con el trinquete.

James no podía ver nada. El barco crujió inquietantemente por todos lados, ajustándose a la presión de las profundidades.

—Odio esta parte—, dijo Rose con voz crispada.

La presión externa cambió de alguna manera. James lo sintió en su estómago y en las cavidades orbitarias de sus ojos. Con un estremecimiento y una explosión de burbujas, Gertrudis ingresó en un espacio más pequeño y estrecho, acelerando a una velocidad aún más alarmante que antes. Despojado de sus estructuras externas, el barco era una flecha subacuática, avanzando hacia la oscuridad cegadora.

El barco de repente cayó a través de una explosión de agua suelta, y aterrizó con un golpe estremecedor en la esclusa del túnel de regreso. Liberado de las profundidades circundantes, aceleró hacia adelante, balanceándose contra las paredes inclinadas.

La tormenta había quedado atrás, y ahora estaban completamente fuera de su furioso alcance. Tal vez fuese una tormenta mágica, como James sospechaba, pero ellos la sobrepasaron fácilmente, al menos hasta que llegaron a su destino.



Todo lo que quedaba era volver a Hogwarts y esperar que no fuera demasiado tarde para detener lo que fuera que Judith y Odin-Vann pretendieran hacer. Con eso en mente, James se inclinó hacia adelante, mirando inútilmente a través de la negra ventana hacia la oscuridad. Tanteó y puso sus manos en el timón nuevamente, haciendo lo que pudiese para mantener el barco derecho, deseando que fuese aún más rápido.

—No podemos enfrentarlos, y lo sabes—, dijo Scorpius, adivinando los pensamientos de James. —A Judith y Odin-Vann. Ella es demasiado poderosa. Y él contrarrestó mi hechizo aturdidor incluso antes de que saliera de mi varita. Él puede desviar cualquier hechizo que podamos conjurar. No hay forma de enfrentar a ninguno de los dos.

—No estoy interesado en enfrentarlos—, digo James sombríamente. —Sólo necesitamos encontrar a Petra. Debemos decirle lo que sabemos.

Luego de un inquietante momento, Zane preguntó, —¿Y luego qué?

James entrecerró los ojos en la oscuridad. Con convicción, respondió, —Luego *ella* los enfrentará.



El viaje de regreso pareció ser mucho más largo de lo que James creyó posible. Gertrudis se balanceó a través de interminables curvas y pendientes. Rose y Scorpius desafiaron el turbulento viento y la inclinada cubierta al salir de la cabina de mando y bajar a la bodega, esperando que el movimiento fuese algo menor allí. Sólo Zane se quedó con James. Ninguno habló, pero James estaba contento con la presencia de su



viejo amigo. Luego de lo que parecieron horas, James soltó el timón. Sus dedos dolían por la presión, y sus ojos estaban agrandados por la falta de luz.

Zane detectó el relajo de James. —Esto no es lo mismo sin el Ralphinator, ¿no? —dijo por segunda vez.

James suspiró profundamente y asintió en la oscuridad. Sabía que Zane no podía verlo, pero no creía que importara.

Zane habló de nuevo. —Me pregunto en qué andarán nuestros padres en este momento —pareció considerarlo en la oscuridad, y luego dijo. —En realidad, sé lo que mis padres probablemente están haciendo. Están en casa en San Luis empezando a pensar en la cena. Greer probablemente está en la mesa haciendo su tarea realmente quejándose al respecto, mientras mi papá la molesta, pensando que la pondrá de mejor humor, aunque nunca lo hace. Son Muggles, por lo que no saben nada sobre destinos interrumpidos, y hechiceras despiadadas, y caos mágicos amenazando con exterminar todo el universo. Creo, por primera vez en mi vida... que estoy un poco celoso de ellos.

—Mi papá probablemente está en su oficina —caviló James rápidamente. —Probablemente mirando los últimos reportes y procedimientos de emergencia, pero sin realmente leer ninguno. Sólo pasando las páginas mientras su cerebro da vueltas como una máquina, ensayando ideas, probando planes, determinando qué es lo que va a hacer a continuación. Lo he visto así miles de veces.

—Deberíamos llamarlo de alguna manera cuando llegemos a Hoggies—, dijo Zane decidido. —Es Harry Potter. Él sabrá que hacer.

James sacudió su cabeza lentamente. —¿Recuerdas lo que dijo la dríada, allá por nuestro primer año?

Zane soltó un soplo, como si secretamente hubiera estado pensando lo mismo. —Sí. Dijo que la batalla de tu padre había terminado. Dijo que ésta sería toda tuya.

—Bien, afortunadamente, no es *toda* mía. Te tengo a ti, y a Rose, y a Scorpius.

Zane pareció aceptarlo. Luego, incómodamente, agregó, —Pero no a Ralph.

—Ralph está por su cuenta ahora—, dijo James, medio enojado, medio triste.



Gradualmente, una luz comenzó a aflorar a lo lejos. James en un principio se preguntó si sus sentidos lo estaban engañando, pero el resplandor pronto se convirtió en un sólido borrón, azul oscuro, reflejándose en el turbulento río y en las paredes del túnel, aumentando con creciente velocidad.

James se tensó en alerta y tomó el timón nuevamente.

—Parece que casi llegamos—, dijo Zane, acercándose a la ventana y mirando hacia afuera.

James de repente no se sintió preparado. Se percató de que había sido envuelto en una especie de sopor paralizador, adormecido por el movimiento del barco y la atemporalidad de la oscuridad. Ahora, la adrenalina se disparaba por su cuerpo como electricidad, trayendo con ella un miedo espantoso. Sintió el peso de su varita en su bolsillo, y se preguntó cuán rápido necesitaría empuñarla, usarla para defender su vida o la de alguien más.

La luz azul creció hasta llenar el túnel, pero continuó tenue y opaca, permaneciendo adelante para iluminar el barco.

—Algo anda mal—, dijo James, casi para él mismo.

En lugar de dirigirse al aire libre del estanque, el río del túnel se elevó repentinamente, empapando las paredes del túnel y cerrándose sobre la proa de Gertrudis. El barco se inclinó hacia arriba, montando la repentina corriente hasta que el techo de la cabina de mando chocó con el techo del túnel, crujidos y chirridos de fuerza estremecedora se oyeron hasta que el techo comenzó a ceder y hundirse sobre las cabezas de James y Zane. Se agacharon instintivamente, sus ojos sobresaltados por el miedo.

Luego con un turbulento quejido, el río se precipitó sobre todo el barco, sumergiéndolo en una sombría profundidad azul. Gertrudis se hundió alejándose del techo del túnel, afortunadamente, pero comenzó a girar, describiendo lentas espirales. James se aferró al timón mientras que Zane se agarró de la barra posterior, luchando para permanecer de pie mientras la pared y el piso comenzaron a intercambiar lugares.

La vista delante cambió. El barco salió disparado de los confines del túnel hacia un espacio más amplio lleno de turbias y cambiantes profundidades. James no podía

reconocerlo en un principio, aunque sólo porque estaba mirando de cabeza, desde la circunstancial perspectiva invertida del barco. Luego, con un frío impacto, reconoció el enorme espacio circular, la hilera de bocas de túneles, los escalones dirigiéndose a la puerta cerrada y trabada. Era la caverna debajo del lago, sólo que completamente sumergida ahora, llena de cambiantes rayos de lo que sólo podía ser luz lunar filtrada desde el lago superior.

Algo desastroso había sucedido, algo que había inundado el otrora estanque.

Formas nadaban en la oscuridad, moviéndose en las sombras, brillando como metal en el resplandor lunar. James no podía estar seguro, pero tenía la sospecha de que las formas no eran peces.

Gertrudis desaceleró al ser propulsado al abismo sin aire, aún girando, y girando. James y Zane treparon uno sobre otro, rebotando contra las paredes y el techo de la cabina. Se oían ruidos a medida que los contenidos del barco se desplazaban, rodaban, y se estrellaban con cada giro o cambio de rumbo. James deseó, fugazmente, que Rose y Scorpius estuviesen fuertemente sujetos a algo, a salvo de los cargamentos sueltos.

Gertrudis se dirigía hacia arriba ahora, incluso mientras continuaba girando, dando volteretas lentamente. Por las ventanas, los rayos de luz de luna rompían en jirones, generando distintas facetas (las olas se veían extrañas desde abajo, se acercaban y crecían, y James apretaba su agarre al timón).

Con estruendoso ruido, el barco rompió hacia la superficie, estrellándose contra el agua y balanceándose inclinado sobre aceitosas olas, donde se precipitó sobre un lado, escorando y lanzando agua por la cubierta.

James estaba magullado y dolorido por su revolcón por el interior de la cabina, pero se olvidó por completo de sus dolores cuando el agua corrió por la ventana, revelando la vista a lo lejos.

El castillo de Hogwarts estaba iluminado contra el azul cielo nocturno por un furioso amarillo que brillaba desde debajo. James no podía ver su fuente más allá de los árboles, pero la oscilación del fuego era inconfundible. Unas sombras se movían más allá del bosque, formando una masa de siluetas, algunas lanzándose en furtivos grupos, otras alarmantemente enormes y torpes. Y luego, cuando el estrépito y los



chorros de agua escurrieron, James también escuchó voces. Resonando sobre el lago llegaron gritos y rugidos de furia y dolor, el distintivo clamor de una gran y rabiosa multitud.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Zane, sus ojos grandes, iluminados por el resplandor amarillo de más allá.

James sacudió su cabeza débilmente, aturdido y profundamente preocupado. Rompió su parálisis y salió disparado hacia la puerta, arrancándola con un chirrido a metal vencido.

Algo impactó contra la cabina justo a la derecha de su cabeza. Apenas sí lo registró antes de que el objeto repiqueteara en la cubierta. Miró hacia abajo. Era una lanza con una punta de piedra rústicamente tallada, verde como el jade. A lo largo del barco, más impactos y ruidos indicaban un ataque en curso.

Todo alrededor, el lago de repente estaba lleno de figuras. Eran irreconocibles en la oscuridad, meras formas musculares emergiendo con sus brazos levantados, lanzando sus armas con alarmante precisión a la ya averiada Gertrudis. Sus gritos de guerra eran penetrantes chillidos, chirriando como engranajes oxidados.

—¡Es la gente del agua! —gritó Rose, tropezando mientras corría desde la bodega. —¡Se han vuelto completamente agresivos!

—No es que alguna vez hayan sido exactamente amistosos—, agregó enojado Scorpius desde detrás, agachándose cuando una lanza impactaba la cabina, dejando una profunda hendidura.

James tropezó con Rose, casi tirándola sobre Scorpius, mientras Gertrudis repentinamente comenzó a avanzar, su proa elevándose sobre las olas.

—¡Sosténganse! —gritó Zane desde adentro de la cabina. —¡No sé mucho sobre conducir barcos, pero estoy bastante seguro de que rojo significa rápido!

James se estiró para sujetarse de la puerta abierta, incluso mientras Rose agarraba su brazo para estabilizarse. Dentro de la cabina, Zane tenía una mano sobre una gran palanca aceleradora de latón, llevándola a su máximo. Su cara frenética y con los ojos bien abiertos, y mientras conducía con la otra mano, dirigiéndose hacia el furioso resplandor del castillo. El barco se hundió aún más sobre un lado, escorando a medida



que aceleraba, lanzando a James, Rose, y Scorpius hacia la baranda exterior y las turbulentas olas debajo. Una fría llovizna comenzó a caer sobre sus caras a medida que el aluvión de lanzas quedaba detrás.

Esforzándose para sostenerse, Rose gritó, —¿A dónde nos llevas?!

—Eh—, Zane se encogió de hombros un tanto maniaco. —¿Lejos?!

El castillo se acercaba con increíble velocidad a medida que Gertrudis aceleraba, remontando las olas.

—Nos acercamos a los muelles, Walker—, advirtió fuertemente Scorpius.

—Sí—, asintió Zane, mirando la consola delante de él inútilmente. —Sólo que los barcos no vienen con frenos, saben, agárrense de algo.

La proa de Gertrudis se elevó sobre el muelle. James escuchó el impacto y la fragmentación cuando la estructura de madera se desplomaba bajo el casco. El barco lo destrozó sin desacelerar. La costa estaba a escasos veinte metros, acercándose con inevitable velocidad. Árboles se alineaban en la pedregosa costa, oscuros contra el cielo estrellado (y aun así, incluso ahora James veía que el cielo no estaba completamente despejado. Justo más allá del conjunto de árboles, hervían nubes de tormenta, destellando silenciosos estallidos de relámpagos). Gertrudis había llegado a su destino antes que la tormenta, pero ésta de todas formas había avanzado furiosa e implacable, buscando su objetivo.

Gertrudis impactó contra la playa con un chirrido y machaque de rocas contra madera. El barco trepidó hacia arriba, doblando las rodillas de James, mientras la inercia continuaba haciéndolo avanzar, incluso cuando la proa se dirigió a los límites del Bosque, chocando entre troncos de árboles y arrancando ramas. El escorrido del barco aumentó abruptamente mientras comenzó a desplomarse, causando que James, Rose, y Scorpius tuvieran que aferrarse desesperadamente, para no caer y ser aplastados debajo del casco deslizante. Finalmente, con un devastador crujido, Gertrudis encalló por completo, impactando y deteniéndose contra algún impedimento en los árboles que no podían ver.

Zane medio se arrastró, medio cayó fuera de la cabina, arrastrándose hasta la baranda que ahora se encontraba casi recostada sobre la rocosa costa. —Hogar dulce hogar—, anunció sin aliento.

Estando mucho más cerca ahora, el ruido de voces gritando y gruñidos furiosos parecían llenar el bosque.

—¿Qué está sucediendo aquí? —casi demandó Rose, temerosa de que su voz fuese estridente. James no pudo evitar pensar que de repente ella sonaba demasiado como su madre.

—Si tuviese que adivinar—, dijo Scorpius, escalando por la baranda rota y dejándose caer en la playa debajo. —Diría que los Centauros han cumplido con su amenaza. El terremoto mágico del viernes fue probablemente la última advertencia, ahora están invadiendo. Sólo que las cosas no van como las planearon. No han penetrado el castillo aún.

—¿Y la gente del agua? —preguntó James, bajando luego de Scorpius y ayudando a Rose a bajar detrás de él. —No son aliados de los Centauros. ¿Por qué están atacando ellos?

Zane trastabilló al saltar a la playa. —Todo está sucediendo al mismo tiempo. No es coincidencia. Sólo es el fin.

James se estremeció de sólo pensarlo, pero se sentía extrañamente preparado. Realmente se sentía como el fin.

—¿Y ahora qué? —dijo Scorpius, dando la espalda al furioso resplandor más allá del bosque. —Si los centauros están siendo contenidos de alguna manera, eso significa que nosotros también.

—Ah—, dijo Zane, animado. —Pero los centauros no son gremlins, como nosotros —miró a su lado a Rose, quien asintió temerariamente.

—Conocemos todos los pasadizos secretos para entrar—, coincidió. —El cobertizo de Quidditch es probablemente el más cercano ¡Vamos!

Sin mirar atrás, se giró y se precipitó por la playa, evadiendo el casco roto de Gertrudis, y hacia los árboles.

Mientras corría para seguirlos, James gritó, —Pero creía que el pasadizo del cobertizo de equipamiento sólo funcionaba si uno salía de la escuela por el mismo pasadizo.

—Solucionamos eso en tercer año—, contestó Rose, agachándose entre arbustos y saltando anudadas raíces. —Scorpius y yo pasamos todo un sábado saliendo de la escuela por el pasadizo del cobertizo unas cien veces una detrás de la otra, y regresando por la entrada principal. Generamos una provisión de regresos para cuando los necesitáramos.

James frunció el ceño mientras corría. —¿Cómo es que no supe de eso?

—Estuviste en Alma Aleron ese año—, gritó Zane desde atrás.

—No es que te hubiésemos invitado de todas formas—, sugirió Scorpius, corriendo ruidosamente en la retaguardia.

Dos luces gemelas de repente interceptaron el camino de los estudiantes, surcando descontroladamente y acompañadas de un ruido a motor. Rose patinó hasta detenerse, frenándose contra un árbol, justo cuando un gran vehículo ingresó al camino, sus luces delanteras brillando entre los árboles. Era una especie de vehículo todo terreno con neumáticos gigantes y laterales de color gris metalizado. Se escuchaban voces desde su interior, y James tuvo la sensación de que los estaban señalando, exaltados.

—Ahí, ¿ven? —una voz podía ser escuchada desde una ventana trasera abierta. —¡Se supone que no hay nada aquí más que kilómetros de bosque! ¡Pero vean ustedes mismos! ¡Es un maldito castillo gigante! ¡Justo como el pueblo que apareció cuando estábamos haciendo montañismo la semana pasada!

El motor chillaba y rugía sobre el suelo del Bosque Prohibido. El vehículo avanzó, chocando con arbustos, zigzagueando entre enormes y antiguos árboles.

Dos más siguieron su marcha, avanzando más rápidos y seguros. Desde su lugar, detrás de un árbol cercano, a James le pareció ver armas en las manos de los pasajeros. Luego, con un espanto agobiante, reconoció los objetos que blandían. No eran armas, sino cámaras.

—No de nuevo—, dijo Zane, poniendo sus ojos en blanco.



—Vamos—, gritó Rose, abalanzándose hacia adelante mientras los vehículos avanzaban por el bosque, desplazándose en dirección al castillo y las fluctuaciones del fuego.

A medida que los cuatro se acercaban al castillo y comenzaron a pasarlo, corriendo a lo largo del límite del Bosque, vieron destellos de la enorme multitud reunida contra el ininterrumpido muro de fuego. Los centauros se movilizaban en grupos galopando, disciplinados y ordenados por rango, sus armas alzadas.

—Merlín levantó una defensa—, dijo James. —Ese no es un fuego normal ¡Es una barrera de fuego maligno!

—No durará—, dijo Scorpius, y luego señaló mientras corría. —¿Y qué es *eso*?

James también lo vio. —Eso no es un centauro—, agregó comprendiendo con desasosiego.

Reunidos en su propio círculo, enfrentando a los centauros contra el muro de flamas mágicas, estaba la manada de enormes y torpes figuras que James había visto desde el barco. Avanzaban titubeantes hacia las filas de centauros, agachando sus pequeñas cabezas alrededor de sus descomunales hombros. Eran gigantes, docenas de ellos, de todos los monstruosos tamaños posibles.

—¡Grawp y Prechka! —gritó Rose estridentemente. —¡Vinieron hasta aquí por su propia cuenta, a pesar de que Hagrid les advirtió que no lo hicieran! ¡Y trajeron a toda su tribu!

Incluso viendo sólo siluetas, James reconoció la corpulenta figura de Prechka. Ella huía de los centauros mientras estos galopaban hacia ella, y luego alrededor de sus pies, con sus armas elevadas amenazadoramente. Su cabeza en forma de patata se balanceaba y giraba intentando verlos a todos, intentando evitar los montones de aplastantes cascos. Y luego, horriblemente, ella atacó. Impulsada más por terror que por furia. James pudo notarlo por la torpe forma en que sacudió, sus espantados hombros. Ella pateó y un centauro voló por el aire, sacudiendo sus seis extremidades. Luego, espasmódicamente, Prechka se agachó, y agarró dos centauros más, uno con cada mano, y los elevó hasta la altura de sus hombros. Con una colosal embestida, los golpeó uno contra otro como si fueran un par de platillos. Aún sobre el rugido del fuego y las voces vociferantes, James escuchó el horrible sonido a huesos rotos.

—¡No! —gritó Rose, tropezando hasta detenerse y llevando sus manos a su cara, incapaz de quitar sus ojos de la escena. — ¡No, Prechka!

—¡Déjala ser! —gritó Scorpius, su voz de repente comandante. —¡El tiempo para cortesías pasó! ¡Es su pellejo o el de ellos! ¡Y pronto podría ser el nuestro! ¡Sigán corriendo!

—¡Santos hinkypunks!—, exhaló Zane con voz aguda y asustada. —¡Eso fue... brutal!

Unas luces se dispersaron por el creciente tumulto y el vehículo del Bosque salió a la vista. Rebotando sobre las lomas. Se detuvo con sus frenos chirriando, la carrocería inclinándose sobre sus amortiguadores. La puerta de pasajeros se abrió y un hombre salió con repentino pánico, sus ojos protuberantes mirando en dirección a los gigantes. Retrocedió aterrado, tropezó y cayó a los pies de un centauro. Lo miró y comenzó a gritar, cubriendo su cabeza con sus brazos.

Los otros dos vehículos siguieron al primero. El vehículo del medio chocó con éste debido a su frenada repentina, casi atropellando al pasajero presa del pánico. Vidrios tintinearón y voces gritaron.

—¡Está más allá de nuestro alcance! —gritó insistentemente Scorpius. —¡Vamos!

Distraído y entumecido por el terror, el grupo continuó corriendo, incluso cuando los gigantes entraron en batalla plena contra los centauros y las puertas de los vehículos se abrieron, arrojando aterrados Muggles con sus ruidosas y olvidadas cámaras.

El fuego maligno rugía a lo largo del campo de Quidditch, apenas evitando el campo pero envolviendo la grada de Slytherin, la cual ya había sido reducida a una estructura ennegrecida, rugiendo en llamas. Corriendo lo más rápido posible bajo la ferviente luz, Rose dirigía la tropa hacia el cobertizo de equipamiento, el cual crepitaba y humeaba por su proximidad al fuego. El calor abrazador invadía el campo, llenando el aire de retorcidos destellos y cocinando el sudor en la frente de James.

A la distancia, James notó una retorcida masa agitándose, e hirviendo con fuego maligno. Su estómago se hundió al percatarse de que se trataba del Sauce Boxeador.



Chispas y astillas emanaban a medida que el fuego avanzaba por sus ramas llameantes, sus hojas brillantes como el carbón a medida que se quemaban, dejando un compendio de cenizas.

Sacó su mirada de allí, decidiendo tristemente no avisar a los demás sobre la terrible escena.

Rose alcanzó la manivela de la puerta del cobertizo, y luego la sacó abruptamente dolorida.

—¡Está caliente! —jadeó, sacudiendo sus dedos quemados.

Scorpius levantó su brazo, su varita ya emergiendo de su puño.

—¡Convulsis! —gritó, y el rayo de luz impactó la puerta, abriéndola. Dentro estaba obscuro, más profundamente que en el pequeño cobertizo. Aire frío emergía desde el pasadizo, afortunadamente, elevándose desde una hilera de escalones de piedra.

Scorpius condujo la marcha, corriendo por el corredor subterráneo.

James tragó saliva y lo siguió. Todo parecía fuera de control. No sabía qué pretendía hacer. No sabía dónde estaba Petra, ni siquiera si aún estaba viva. El caos parecía haber caído sobre el mundo entero, arrojando en su camino todo obstáculo y distracción imaginables para detenerlo.

Le dolía sobre un lado mientras corría hacia la fría, extrañada y calma obscuridad. Y luego brotó una luz cuando Scorpius alcanzaba la salida del pasadizo. Los cuatro salieron, empujando la estatua de Lokimagus el Perpetuamente Productivo, y emergieron bajo la luz de las antorchas al perfectamente prosaico corredor de Hogwarts. No había nadie a la vista, y aun así escuchaban voces, resonando en la distancia, gritando alarmadas y urgidas.

La escuela no había sido evacuada, al parecer. Por eso Merlín la estaba protegiendo. Pero incluso él no podría contener a los centauros por mucho más tiempo.

Como si lo hubiese pedido, un enorme estruendo sacudió el castillo, tirando arenilla del cielo raso y destrozando una ventana cercana. Los centauros estaban atacando a través del fuego maligno, pero James no podía adivinar cómo.

—Todo esto es una distracción—, dijo, girando hacia Zane, Rose y Scorpius. —No sé cómo ni por qué, pero nosotros aún tenemos sólo una cosa que hacer, ¡y es encontrar a Petra y advertirla! ¡Si Odin-Vann y Judith la encuentran primero...!

—¿Pero cómo?! —gritó Rose, estampando su pie contra el suelo en muestra de frustración. —¡Ni siquiera sabemos dónde está!

James soltó un suspiro decidido y miró a Scorpius. —Tenemos que encontrar a Merlín—, dijo firmemente. —Él tiene el broche del papá de Petra. Petra aún piensa que dejará nuestro mundo para siempre, y ella no se irá a ningún lado sin su broche. Si encontramos a Merlín, encontraremos a Petra.

—Si es que no llegamos demasiado tarde ya—, Zane se encogió de hombros y asintió. —Y todo esto sólo es el acto de apertura del apocalipsis.

Empuñando sus varitas y manteniéndolas listas, James se giró y corrió por el corredor, dirigiéndose en la dirección de las escaleras principales y la oficina del director. Mientras giraba en la primera intersección, casi choca a George Muldoon, el prefecto de Ravenclaw. El alto muchacho agarró a James del hombro, con una mirada de terror y ojos protuberantes y alarmados antes de reconocerlo.

—¡Potter! —exclamó consternado, —¿Qué hacen aquí abajo?! ¡Estamos en estado de sitio! ¡Todo el mundo debe estar en sus salas comunes! Y ustedes, ¡Weasley y Malfoy! ¡Y...! —desconcertado al ver a Zane. —¿Y quién demonios eres tú?

—Zane Walker—, dijo Zane agradablemente. —Normalmente estrecharíamos nuestras manos, pero estamos en un gran apuro. La próxima vez, quizás. Si llegase a *haber* una próxima vez.

Dicho esto, la tropa retomó la carrera, dejando a Muldoon confundido tras ellos y girando para gritar frenéticamente sus nombres.

Llegaron a las escaleras y apoyándose en la balaustrada giraron a toda marcha. Otro estruendo sacudió el castillo y la ventana de Heracles estalló desintegrándose, y cayó en una lluvia de coloridos añicos.

—Eso no es magia—, jadeó Scorpius, mirando atónito la ventana rota. —¡Algo nos está golpeando!

—Los gigantes—, asintió Zane. —Están intentando entrar de cualquier manera. No para atacar, sino para alejarse de los centauros.

—¡Sigán! —insistió James, pasando el rellano y continuando hacia arriba por las escaleras. —¡No hay tiempo para ninguna otra cosa!

Llegaron al tercer piso, James iba delante. Giró por el corredor de la Gárgola, dirigiéndose hacia la escalera en espiral al final del pasillo.

Otro estruendo se escuchó, esta vez directamente al lado de James, y una columna se desplomó cayendo en su dirección, quebrándose en pesados trozos. James se agachó y tambaleó, apenas evitando la mampostería que colapsaba. Voló polvo y parte del cielo raso se desmoronó junto con la columna, volviendo el aire asfixiante y apagando el farol más cercano.

James se puso de pie y miró hacia atrás, entrecerrando los ojos en la polvorosa oscuridad. Había sido apartado de Scorpius, Rose, y Zane por el socavado cielo raso.

—Ella sabía que vendrías—, dijo la voz de un hombre desde detrás de él. —Yo lo dudé. Pero ella lo sabía.

James giró sobre sus pies, tan rápido que casi perdió el equilibrio, y elevó su varita salvajemente.

—¡Expelliarmus! —dijo, y un rayo de luz salió disparado de su varita. Pero fue inmediatamente extinguido, reducido a un montón de agonizantes chispas.

—Judith predijo que escaparías de la tormenta. Yo tenía que esperarte aquí, y estar listo para cuando llegaras. No debí dudar de ella. Rara vez se equivoca.

Una figura negra se adelantó desde las sombras, apareciendo entre James y la escalera espiral de la oficina del director. Incluso antes que su cara fuera visible, James reconoció la delgada figura de Donofrio Odin-Vann, tomando su varita casi sin ganas, elevada sólo a medias.

—Desmaius! —gritó James, levantando su varita nuevamente.

El hechizo rojo destelló y se extinguió solo a escasos 30 cm de su varita. Odin-Vann se estaba riendo, su varita apuntando hacia arriba y emitiendo una tenue bruma púrpura.

—Sabes que no puedes derrotarme—, lo regañó. —Mejor ni lo intentes.

—¿Dónde está Petra? —demandó James, mirando hacia el extremo de su varita que temblaba. Tragó saliva —¿Está viva?

—Petra no es de tu incumbencia, James—, respondió Odin-Vann, acercándose lentamente. —Nunca lo fue. Te gusta pensar que siente algo por ti, ¿No? Y aun así es ella la que pretende dejarte para siempre. Eso debe dolerte. ¿Te duele James?

James bajó su varita lentamente dándose por vencido. Y luego la levantó nuevamente y gritó, —¡Expulso!

El hechizo atravesó la distancia entre ellos, y explotó contra el resplandeciente encantamiento protector que brotó, espontáneamente, de la varita alzada de Odin-Vann. Él avanzó nuevamente, achicando la distancia entre ambos.

James retrocedió un paso. La arenilla bajo su talón crujió. —¿Estás planeando matarme?

—No necesito matarte—, contestó Odin-Vann encogiendo los hombros ligeramente. —La tormenta te matará. Te seguirá donde quiera que vayas. Y si de alguna forma consigues mantenerte delante, bueno... —suspiró y sacudió su cabeza. —De todas formas a este mundo sólo le quedan algunas horas.

—¿Por qué estás haciendo esto? —demandó James, bajando su varita nuevamente, esta vez por completo. —Quiero decir, entiendo lo de ser acosado y todo eso. La venganza tiene sentido, incluso si te volviste bastante loco con eso. ¿Pero por qué destruir el mundo entero?

—Ah, pero este ya no es mi mundo, James—, el joven respondió despreocupado. —Con la ayuda de Judith, podemos crear todo un nuevo mundo. Uno diseñado a nuestra propia imagen. Tenemos la llave. Y la llave es nuestra propia Petra Morganstern. Ella nos abrirá el camino. Y luego arrojaremos la llave para siempre. Sin vuelta atrás —dejó escapar una risita nerviosa.

James retrocedió otro paso. Se estremeció bajo la fuerza de la locura de Odin-Vann., y aun así una pequeña luz de esperanza corría por sus venas. Petra aún estaba viva. Si sólo pudiera encontrarla...



—¡Relashio! —gritó, elevando su varita otra vez y disparando con la velocidad de un rayo.

El brazo de Odin-Vann salió disparado hacia arriba desde el hombro, debido a la fuerza de la varita, y un rayo verde destelló, extinguiendo el hechizo de James en medio del aire. Él se reía nuevamente, moviéndose constantemente hacia adelante.

—¡Petrificus Totalus! —gritó James, poniendo toda la fuerza que pudo reunir en el hechizo. — ¡Levicorpus! ¡Incarcerous! ¡*Convulsis!*

Cada hechizo explotaba y se desintegraba a centímetros de su varita mientras Odin-Vann sacudía su brazo levantado, disparando el contra hechizo prescripto a su propio ritmo.

—¿Realmente no sabes cuándo rendirte, no? —el joven profesor reía encantado. — Es esa arrogancia la que aprendí a detestar en personas como tú. La seguridad de que de alguna forma, de alguna manera, van a ganar. De que *ustedes* son los buenos. De que *ustedes* están en lo *correcto*. Es realmente insoportable, sabes. Pero, al menos, es entretenida.

James tensó su varita, ahora a sólo tres metros del profesor que se acercaba. Tomó aire para invocar su próximo hechizo, decidido a recurrir a las maldiciones imperdonables por pura desesperación, cuando de repente una serie de pasos se escucharon desde detrás de Odin-Vann, descendiendo de la escalera espiral de la oficina del director. Eran pesados, y aun así James instintivamente sabía por el sonido que no era Merlín.

—¡James! —la voz de la figura dijo sorprendido, frenándose al pie de la escalera.

Era Ralph.

La mano izquierda de Odin-Vann se elevó, y retrocedió, empuñando una segunda varita. —*Quieto*, Sr. Dolohov—, ordenó, mirando por el rabillo del ojo a James. —No hay necesidad de que usted comparta el destino del Sr. Potter.

—Eso es gracioso—, se burló Ralph con voz quebradiza. —¿Cómo si alguno de nosotros fuera a sobrevivir esta noche! He estado esperando al director por casi una hora, pero no parece que vaya a regresar. Sin él, estamos listos.



Mientras hablaba, Ralph alzó su varita y disparó hechizos no verbales a Odin-Vann. Eran color azul profundo, ondulando como la electricidad.

La mano izquierda de Odin-Vann se movió, empujando su brazo hacia arriba, y disparó el contra hechizo, desintegrando el ataque de Ralph.

El profesor sonrió a James, una varita apuntaba a Ralph, la otra a la altura del pecho de James. —Crucio —dijo, casi como conversando.

James vaciló, pero el hechizo no estaba dirigido a él. Desde la segunda varita de Odin-Vann, una correa de un verde ardiente impactó a Ralph y lo empujó de nuevo a hasta las escaleras, donde cayó pesadamente, en medio de los escalones quejándose en agonía. Jadeó e intentó gritar, pero su pecho estaba cerrado y sus dientes apretados, reduciendo su lamento a un forzado, y desesperado gruñido.

—Quería agradecerle, Sr. Dolohov—, dijo Odin-Vann por sobre el crepitar de su hechizo. —Usted encontró la única falla potencial de mi varita. Los hechizos no verbales. Gracias a ti, he sido capaz de calibrar y superar incluso eso.

—¡Detente! —gritó James, elevando su propia varita otra vez. Y luego, antes de que pudiera considerarlo, repitió el hechizo de Odin-Vann —¡Crucio!

Nunca había realizado una maldición imperdonable, ni siquiera en sesiones de práctica. El rayo verde que salió de su varita fue débil, disperso, no focalizado. El brazo derecho de Odin-Vann se elevó por la fuerza de su varita y disparó el contra hechizo, extinguiendo fácilmente la maldición en medio de ellos.

Ralph se retorció y cayó por la escalera hasta el piso, aún preso del hechizo Cruciatu de Odin-Vann. Jadeó y gruñó, y a James le pareció que estaba intentando decir algo, incluso bajo la cegadora confusión del dolor.

—¡NNNnnn-n... nnnNOCTURNO! —forzó la palabra a través de sus irremediablemente apretados dientes.

Odin-Vann mostró sus propios dientes hacia James e intensificó su hechizo. Vibró la luz verde lima y Ralph gritó.

—¡Detente! —gritó James, sus propia varita aún apuntando a Odin-Vann sin sentido. Era inútil. —¡Lo matarás!



—*Todos mueren*—, dijo Odin-Vann con repentina, y sonriente ferocidad. — ¡Sólo esperemos que hayan *vivido* mientras tuvieron la oportunidad! ¡Tengo mis dudas, lo admito!

Ralph se retorció y arqueó su espalda en el suelo. Jadeó y liberó un silbido intentando respirar y se tensó otra vez, luchando por hablar.

—¡Qu-QUIDDITCH... Nn... nnnNOCTURNO!

James frunció la frente con terrible confusión, su puño dolorido apretando su inútil, y extendida varita ¿Qué querría decir Ralph? ¿Estaría enloqueciendo por el dolor? ¿Por qué rayos desperdiciaría sus últimas, y desesperadas palabras hablando de algo tan poco importante y estúpido como el Quidditch Nocturno?

La maldición *Cruciatus* se lanzó sobre él, hirvió sobre él, envolvió al grandulón en un indescriptible, y enloquecedor dolor.

Y entonces, de alguna forma, James entendió. Quedó boquiabierto cuando la comprensión cayó sobre él. Su mente se aceleró, buscó la opción precisamente correcta, la última táctica que cambiaría su suerte o los condenaría a todos. Decidido, avanzó con su varita una vez más.

—¡Osclauditis! —gritó.

El hechizo fue una lanza blanca. Golpeó el hombro derecho de Odin-Vann, y su brazo de repente quedó rígido, el hombro firmemente trabado.

Sus ojos se abrieron por la conmoción. Torpemente, miró su brazo derecho, y la varita en su mano, ahora apuntaba firmemente e inútilmente al piso. Y no había disparado el contra hechizo.

No *había* contra hechizo. No para la magia deportiva. El hechizo de fusión de huesos sólo podía ser esquivado, pero nunca contrarrestado.

La maldición *Cruciatus* se desvaneció de la varita izquierda de Odin-Vann al romperse la concentración del profesor.

—¡¿Cómo...!? —comenzó, poniendo sus ojos en James, pero James disparó nuevamente.

—¡Novistenaci!

Los dedos de la mano izquierda de Odin-Vann se sacudieron con el rayo del hechizo Nudilloso. La segunda varita que había estado sosteniendo repiqueteó en el suelo.

—¿Cómo estás *haciendo* eso?! —demandó Odin-Vann, su cara tornándose furiosa.

—Magia deportiva—, contestó James, entrecerrando sus ojos, —no aparece en el Lexicón del Conjurador.

Odin-Vann rugió de rabia. Bajó su cabeza y cargó, pretendiendo embestir a James físicamente, estamparlo contra la pared en ruinas detrás de él.

—¡*Expelliarmus!*

El hechizo no vino de James, sino de Ralph. James vio a su amigo aún tumbado en el piso delante de la escalera del director, pero con su cabeza levantada, su varita extendida y agitándola débilmente.

La varita en la mano derecha de Odin-Vann se lanzó hacia arriba para desviar el hechizo de Ralph. Sin embargo, el hombro y codo del profesor, aún estaban bloqueados por el hechizo de fusión de huesos. Con un terrible, y estridente crujido los huesos se rompieron, y fueron tironeados hacia arriba por la fuerza de la varita encantada que hacía su trabajo.

El profesor gritó y colapsó, incluso mientras su varita lanzaba el contra hechizo, deteniendo el hechizo de Ralph para desarmarlo. Su brazo roto quedó colgando y él forzó sus dedos para abrirlos, dejando caer la varita antes de que Ralph pudiera entrar en acción nuevamente. Pegó su brazo roto contra su cuerpo y se desarmó en el piso, quejándose patéticamente.

Ralph se tambaleó hasta pararse y se apoyó contra las escaleras del director.

James avanzó y tomó ambas varitas del profesor. Doblándolas decididamente, las rompió al mismo tiempo y arrojó los fragmentos. Repiquetearon sin sentido.

—¡Eso fue mortalmente brillante, Ralph! —exclamó James mientras corría para agarrar a su amigo —¿Estás bien?



—Ugh—, Ralph se lamentó y agarró su cabeza. —No creo que vuelva a estar bien jamás. Sinceramente

—Todo se puso de cabeza—, declaró James, —Lo siento, Ralph. Siempre tuviste razón sobre Odin-Vann.

—¿Eso crees? —Ralph resolló, y se rio débilmente.

—¿Has visto a Petra? —preguntó James seriamente. —Encontrarla es nuestra única oportunidad. Odin-Vann y Judith pretenden matarla y terminar con todo. Él tiene una especie de delirio sobre convertirse en el nuevo hospedador de Judith y comenzar toda una nueva versión de nuestro destino.

—Él *no puede* matar a Petra—, Ralph sacudió su cabeza, parándose derecho finalmente. —Ella tiene un Horrocrux. Él lo sabe mejor que nadie. ¿Y cómo podría comenzar un destino nuevo? El telar fue destruido.

—Él lo destruyó—, asintió James sombríamente. —Pero sea lo que sea, Petra es la clave de todo. Pensé que podría haber venido aquí, hasta Merlín, buscando el broche de su padre.

—Merlín ha estado un poco ocupado—, Ralph se encogió de hombros y gesticuló hacia una ventana cercana. —Con el mundo entero abalanzándose sobre el castillo como una plaga. Los centauros, la Gente del Agua, los Muggles exploradores y los periodistas. Esta aquí en *algún lado*. Excepto en su oficina.

El rostro de James se endureció y levantó su varita nuevamente. Se giró y regresó al pasillo destruido, trotó hasta donde yacía Odin-Vann, con su brazo roto y sus varitas destruidas.

Sólo que el profesor ya no estaba allí.

—Se apareció o algo así —dijo Ralph enojado, alcanzando a James y mirando alrededor. —Tiene que haberlo hecho.

—O *ella* se lo llevó—, murmuró James. —Judith. Lo necesita. Él será su nuevo hospedador. O su mascota humana. De cualquier forma, él es esencial para su plan, cualquiera sea.



El castillo se sacudió nuevamente, tembló violentamente con un impacto sostenido pero esta vez la violencia fue acompañada de una ráfaga de aire invernal con partículas de hielo. Silbó a través de la pared rota y fluyó por el cabello de James y Ralph.

Los ojos de James se ensancharon. Miró a Ralph.

—¡Petra! —dijeron al unísono.

—¡Debemos aparecernos! —acotó James sin aliento. —¡Al vestíbulo!

Ralph asintió y tragó saliva. James pudo notar que su amigo estaba nervioso por aparecerse bajo dichas condiciones.

James lo tomó del hombro. —Conoces el vestíbulo tanto como tu propia casa. Has estado ahí miles de veces. Tú puedes hacerlo, Ralph ¡A la cuenta de tres!

Ralph asintió, reafirmando su quijada. —A la cuenta de tres.

—Uno... —dijo James.

—Dos... —dijeron ambos a la vez, tomando sus varitas para estar listos para cualquier cosa que los estuviese esperando.

—¡Tres!



El mundo se desvaneció, se arremolinó salvajemente, y se restableció con un choque de velocidad y ruido. Los pies de James impactaron el piso de piedra del

vestíbulo e inmediatamente algo rebotó contra su cabeza. Parpadeó, trastabilló hacia atrás, y llevó una mano a su frente, comprobando si estaba herido.

Un panecillo rodó hasta sus pies. Parecía ser de arándano.

—¡El trabajo élfico es para los elfos! —gritaba un coro de pequeñas voces, y más panecillos despegaron por el aire. Golpeaban las paredes, rebotaban contra retratos, tapizaban y rodaban por los escalones de la escalera.

—¡Tenemos *bastante* de que encargarnos en este momento sin su pequeño levantamiento élfico!— exclamó una voz estridente. James se giró y vio a la Profesora McGonagall cerca de las escaleras, su varita levantada en señal de advertencia. Una hilera de profesores se encontraba con ella, mirando de diversas formas, confundidos e impacientemente hostigados. — ¡Diré esto sólo una vez más!— gritó McGonagall. — ¡*Todos* ustedes, regresen a las cocinas por su propia seguridad!

—¡No nos preocupa la seguridad! —una voz pequeña contestó. James vio a Piggen, su cara apenada pero decidida. —¡Sin trabajo para toda nuestra especie a lo largo del mundo, la muerte es una opción preferible! —regresando a las filas de elfos detrás de él, gritó, — ¡lancen panecillos!

Otra oleada de productos horneados voló por el aire.

James apenas notó a Ralph tirando de su codo, arrastrándolo fuera del espacio entre los profesores y los elfos. Zane, Rose, y Scorpius estaban agazapados bajo las sombras de las escaleras, sus ojos desenfrenados.

—¡James! —jadeó Rose, tomando su otro brazo y tirándolo bajo la protección nominal de la balaustrada —¿Qué sucedió?

—Vi a Odin-Vann—, contestó James brevemente como podía. —Pero no a Petra. Tiene que estar cerca. Sentimos su magia en acción.

—Nosotros también la sentimos—, dijo Zane, y señaló hacia las puertas cerradas del gran comedor. —Ahí, ¡Suenan como a zona de guerra!

James pretendía alejarse del grupo y correr a lo largo del piso cubierto de panecillos hacia el gran comedor, cuando las puertas de la entrada principal se abrieron de golpe a su lado, saliéndose de sus goznes, bamboleándose y finalmente cayendo con un fuerte



impacto. Una de las puertas casi aplastó a James al caer, levantando una nube de irritante polvo. Unas luces brillaron y se oyó el rugido de un motor. El vehículo todo terreno con sus laterales gris metalizado ingresó al vestíbulo, rebotando sobre las puertas rotas. Su parabrisas estaba destrozado y sólo quedaban algunos trozos de vidrio y su capot estaba tan abollado que era irreconocible, chamuscado y ennegrecido y humeando. Sólo una de las luces delanteras aún funcionaba, apuntando su brillo hacia las escaleras.

—¡Ataquen! —gritó Piggen estridentemente, y una oleada de galletitas, enrollados, panecillos, e incluso ollas y sartenes volaron trazando un arco hasta el vehículo, rebotando o estampándose contra su ennegrecido y humeante capot.

—Condujeron su maldito vehículo a través de la barrera de fuego maligno—, anunció McGonagall. —¡Fuimos vulnerados! ¡Hogwarts ha sido vulnerado!

Las puertas del vehículo se abrieron y personas comenzaron a bajar, corriendo en todas direcciones, sus rostros desenfrenados de terror.

Desde la obscuridad más allá de la destrozada entrada, unas sombras se movían. Se aproximaba el traqueteo de cascos. Voces rugían y gritaban.

Uno de los Muggles no huyó. Se tambaleó hasta el centro del vestíbulo, su figura iluminada brillantemente por la luz delantera del vehículo. Era delgado y alto, con rasgos agudos y liso pelo negro, que ahora estaba despeinado y revuelto. James lo reconoció inmediatamente. Era el testarudo reportero Muggle de su primer año, Martin Prescott.

—¡Lo sabía! —gritó Prescott afónica y triunfantemente. Cerró sus puños y los elevó en el aire. —¡Sabía que no era un sueño! ¡Yo estuve aquí! ¡Yo estuve aquí!

McGonagall puso sus ojos en blanco impacientemente y lo aturdió con su varita. Prescott cayó al suelo aún sonriente, sus manos aún cerradas como muestra de victoria.

—¡Protego Maxima! —dijo a continuación McGonagall, dando zancadas hacia la puerta y pasando el humeante vehículo. Una explosión de luz azul formó un escudo. Detrás de ella, los Profesores Shert, Votary, y Heretofore se adelantaron y

sumaron su fuerza al encantamiento defensivo contra los centauros que se aproximaban.

—¡Potter! —ordenó uno de los retratos con voz firme.

James se giró para ver la pintura de un granjero muy feo parado en un campo de florecientes spynaceas. La cara del granjero apenas era reconocible debajo del sombrero de ala ancha.

—Tu hermano no está en el castillo—, la figura de la pintura dijo rápidamente. — Todos los otros estudiantes fueron contabilizados, excepto él.

—¿Albus? —preguntó James, su mente giraba.

—Albus Severus, mi homónimo—, dijo el retrato de Snape disfrazado. —Y nuestros nombres no es todo lo que tenemos en común. Sus lealtades están divididas. Debes encontrarlo.

James sacudió su cabeza. —No, ¡es Petra a quien debo encontrar! ¡Ella está aquí, en el Gran Comedor! ¡Debo advertirle!

—¡No! —insistió Snape, sus ojos ardiendo desde la pintura. —¿Por una vez en sus insípidas, e imprudentes vidas algún Potter me escuchará?! ¡El director ha adivinado la verdad! Odin-Vann, al que tuviste suerte de derrotar, era el Arquitecto. ¡Pero tu hermano es la Ofrenda! ¡Sin él, su plan falla! ¡Encuétralo ahora, Potter! ¡Esto no se trata sobre su bienestar, sino sobre el balance de los mundos!

James estaba sacudiendo su cabeza, apenas escuchaba ahora. Otro estremecimiento sacudió el piso y rompió pedazos del cielo raso. Las puertas del Gran Comedor salieron volando cuando un rayo de viento helado y luz furiosa explotó contra ellas.

James se olvidó del retrato de Snape. Se alejó de la pared, se movió alrededor del vehículo humeante, se agachó detrás de la barrera de profesores, saltó la inconsciente figura de Martin Prescott, y pasó a través del espacio de las enormes puertas de madera.

El Gran Comedor estaba oscuro, crujiente, lleno de movimiento, un espacio de impresionante destrucción.

Todas las ventanas estaban rotas, con fragmentos de vidrios colgando y sus marcos vencidos. El cielo raso estaba poblado de grietas y faltaban enormes porciones del



mismo. Su encantamiento parpadeaba y se desvanecía, mostrando sólo fragmentos de nubes de tormenta y relámpagos aproximándose. Las velas flotantes giraban y rebotaban en las paredes, muchas rotas, la mayoría con sus flamas extintas, liberando hilos de humo gris.

Las mesas estaban forzadas contra las paredes, destruidas y aplastadas todas juntas.

El rosetón estaba entero, pero parpadeando con fuego y lleno de grietas.

En el centro del piso, Merlín y Petra se enfrentaban. Los dos respirando forzosamente, los dos mirándose con intensa furia. El bastón de Merlín estaba levantado en su mano derecha, sus runas pulsando con luz verde. El pelo de Petra estaba descontrolado alrededor de su cara, la palma de su mano izquierda elevada, los dedos desplegados. Era claro que el duelo entre ellos había llegado a la etapa de ataques frontales, un estancamiento entre poderes y niveles de ingenio equivalentes.

—¡Ve a tu sala común, James! —ordenó Merlín, su voz agotada y tensa.

—Obedece al director—, dijo Petra, sin quitar los ojos del hechicero delante de ella.

James, en cambio, avanzó ubicándose entre los dos, alzando ambas manos.

—¡Petra...! —comenzó.

El rosetón explotó en una nube de vidrios mientras algo gigante lo atravesaba, arrastrando sus puntales y soportes junto con él. La mesa principal se rompió bajo el peso del objeto, y James apenas vio que era un auténtico tronco, recientemente arrancado del suelo, sus raíces aún llenas de tierra. Una monstruosa forma empuñaba el tronco, habiéndolo seguido bajo la lluvia de añicos, cabeza gacha y hombros elevados, encorvado. Era un gigante, sus ojos desenfrenados por el miedo, su peluda mano libre cerrada en un huesudo puño que parecía una roca, listo para pelear.

De repente James tambaleó sobre sus pies cuando un cegador rayo azul pasó sobre su hombro, emanaba de la elevada mano derecha de Petra. Ella había lanzado un ataque, pero no al gigante. Tomando la ventaja de la distracción, había apuntado al director. El impacto lo hizo retroceder con violenta fuerza. Golpeó la tarima con la



suficiente fuerza como para romperla, haciendo un cráter en la ruinoso mesa principal, justo a la sombra del gigante. El gigante, entró en pánico, agarró la vulnerable figura humana de los pies. Su enorme mano se cerró alrededor de Merlín y lo retiró de los restos ruinosos, junto con un fragmento de la mesa rota.

El bastón de Merlín destelló y el gigante retrocedió, abriendo sus dedos. Merlín se tambaleó, cayó, y detuvo su caída en medio del aire, flotando, sus brazos abiertos, sus ojos brillando con feroz luz dorada.

Pero Petra ya estaba avanzando, redoblando su ataque con impiadosa intensidad. Lanzó otro aluvión incluso mientras el director frenaba su caída. El rayo lo impactó en el pecho y lo hizo retroceder, más allá del gigante invasor, a través de las ruinas del rosetón, y hacia la refulgente noche.

Las rodillas de James temblaron e inexplicablemente un debilitamiento lo invadió, haciendo que el mundo se volviera gris. Recordaba haber tenido la misma sensación cuando Petra y Merlín habían peleado en el Mundo Entre los Mundos. De alguna forma, James era como una batería en presencia de Petra, conservando una reserva de su poder. Ella la extraía de él a través del hilo invisible que los conectaba, al igual que él había extraído la magia de Petra en la debacle de la Red Morrigan, justo en ese mismo salón, y años antes de eso, cuando había conjurado el hilo para salvarla.

Se tambaleó en la oscuridad, su cabeza dando vueltas.

Petra avanzó deliberadamente, subiendo la tarima y elevando su mano al gigante sin siquiera mirar. El gigante parpadeó, se tambaleó, y cayó sobre su gigantesco trasero sobre los restos de la mesa. Su cabeza agazapada en su pecho y la enorme criatura dejó salir un colosal, e insoportable ronquido, incluso mientras sus pies descalzos, tan largos y duros como las puertas de una cripta, se deslizaban, chirriando contra los vidrios rotos.

—¡Petra! —gritó James, saliendo de su somnolencia. —¡Petra espera!

—¡No puedo esperar, James! —exclamó, deteniéndose y mirándolo por sobre su hombro. —¡Mi tiempo aquí se acabó! El mundo entró en caos, ¡y *todo es mi culpa!* ¡No puedes detenerme, James! ¡A nadie puede permitírsele detenerme!— su cara era terrible en la oscuridad, iluminada sólo por el serpenteante fuego maligno más allá del rosetón destruido. Pero sus ojos brillaban, y James vio que había lágrimas en ellos. Ella estaba

asustada, y estaba impulsada por la culpa, y no quería irse, y sabía que no tenía otra alternativa.

—¡No me sigas, James! —demandó, reafirmando su mirada, su voz afónica y desesperada. —¡No seré responsable de lo que te suceda si lo haces!

Dicho lo cual, se giró rápidamente, dejándolo detrás y avanzando a través del rosetón roto, donde fue eclipsada por una nube de humo.

James se esforzó para pasar sobre la mesa rota, deslizando sus pies sobre vidrio roto y puntales destruidos. Cuando finalmente trepó sobre los pies del gigante y el borde de la diezmada ventana, no pudo ver nada más que pasto humeante y flamas crujiendo. Saltó hacia los arbustos, cayó sobre el pasto seco, y miró en todas direcciones, buscando alguna señal de Petra, entrecerrando los ojos contra el fuego cegador.

Una figura apareció en el muro de llamas, atravesándolo intacto. James avanzó hacia la figura, protegiendo su cara del calor. Cuando la figura decidió marchar por el pasto y dirigirse hacia la ventana rota, James vio que era Merlín.

El director estaba sangrando y desaliñado, sus túnicas humeando, pero su cara era implacable y decidida.

—Todos los guerreros no heridos—, dijo mientras caminaba, y su voz de repente retumbó, sacudiendo el aire y despertando ecos todo alrededor. —Encierren a los estudiantes en sus dormitorios donde permanecerán a salvo de los invasores. Luego, reúnanse conmigo en el vestíbulo principal. El fin de nuestro mundo caerá sobre nosotros si no somos rápidos y comprometidos con nuestro deber. La villana ha escapado, pero la rastreamos. Convocaré a los que mejor puedan ayudarnos, como Aurores y Harriers. Vengan ahora y estén listos para matar o morir, porque este es nuestro momento final.

Pretendía pasar de largo a James, sin siquiera mirarlo.

—Director—, jadeó James, girando para alcanzarlo. —¡Merlín!

—Ella tiene el broche—, dijo Merlín con voz baja y grave. Se detuvo pero no se giró. —Nada se interfiere en su camino ahora. El Arquitecto ha hecho su trabajo. Y

la Ofrenda pronto hará el suyo. Debiste haberme dicho lo que sabías cuando aún servía para algo.

James no tenía respuesta para eso. Miró la amplia espalda del director, sin palabras, herido, y asustado.

Merlín seguía sin mirarlo. En lugar de eso, golpeó su bastón contra el suelo y desapareció con un chasquido, dejando sólo un viento tormentoso, rayos, y el crepitar del fuego maligno tras su partida.

Una profunda y tremenda sensación de pérdida cayó sobre James como plomo. Miró el espacio donde Merlín había estado sólo momentos antes. Su mente bloqueada con incertidumbre.

Merlín rastrearía a Petra, él y muchos otros preparados para acompañarlo. McGonagall estaría entre ellos, así como también Debellows y Heretofore y otros profesores. Quizás incluso su padre y Viktor Krum y el resto de los Aurores y Harriers, si lograban avisarles a tiempo. Lo que James creía era muy probable. Dejarían a los estudiantes encerrados y protegidos en sus dormitorios, confiando que los centauros honrarían su palabra y no atacarían a menos que los ataquen primero.

Merlín y los suyos abandonarían Hogwarts en persecución de Petra, ya que ella, creían ellos, era la causa y fuente del caos que había acaecido en el mundo. La encontrarían e irían a la guerra contra ella. Ella los mataría a todos, o ellos conseguirían reducirla.

Si Judith y Odin-Vann no lo conseguían antes.

Era exactamente como el sueño de James, años atrás. Estaban yendo a destruir a Petra, y ellos no gastarían tiempo en palabras.

Y con eso, una sensación de calma preternatural se asentó en James. Porque supo exactamente lo que debía hacer. Después de todo, ya lo había hecho, de alguna forma. Ya lo había vivido una vez, cinco años atrás, en esa extraña y profética visión.

Cerró sus ojos y lo imaginó, reunió cada recuerdo de ese viejo sueño. Recordó una tumba recientemente cavada. Recordó a Albus ofreciéndole a la joven dama, Petra, su varita. Era necesaria, James lo entendía ahora. Porque Petra ya no tenía una varita propia, habiéndola roto y abandonado años atrás. Las hechiceras usan sus propias

manos para realizar magia. Inútiles, como eran, aún las necesitaban para realizar hechizos particularmente únicos que dependían de una varita.

Un hechizo como la Marca Tenebrosa.

Porque Petra había dejado de resistirse a la maldad del Linaje. La estaba canalizando, usándola, aprovechando la convicción y decisión que sólo el último fragmento del alma de Voldemort podía proveer. Y ahora, esa noche, finalmente lo adoptaría. Dispararía la Marca Tenebrosa al cielo sobre el cementerio (probablemente lo estaría haciendo en ese mismo momento), anunciando su última y condenatoria elección.

Sin importar qué terrible maldad entrañara semejante elección.

James cerró sus ojos apretándolos. Visualizó el cementerio; las lápidas de sus abuelos inclinadas; la recientemente cavada tumba como una mancha de tinta bajo la oscuridad tormentosa. Se concentró, afirmó su agarre en su varita, tomó un profundo respiro, lo contuvo...

Y tensó el músculo mental de la aparición.

Con un fuerte chasquido, desapareció, al igual que Merlín lo había hecho momentos antes.

Ninguno regresaría jamás al mismo Hogwarts.